



La interacción de la filosofía con la literatura en la obra de Miguel de Unamuno

Juan Federico ARRIOLA

Es motivo de profunda y enorme satisfacción reencontrarme con mi querido amigo y colega el Profesor Doctor Juan Federico Arriola a través de la lectura de esta nueva obra, inevitablemente ligada a su libro *La Filosofía Política en el pensamiento de Octavio Paz* que, por cierto, tuve el gusto de presentar en la Fundación Ortega - Marañón en el año 2009, lo que me hace evocar las sabias palabras de un viejo dramaturgo norteamericano, W. Layton, cuando me explicaba hace algunos años que a veces la vida rima y los acontecimientos más que casuales se convierten en causales.

El Prof. Arriola no se ha desligado desde entonces por su interés hacia la filosofía y la literatura española, lo que le convierte sin duda, desde mi punto de vista, en uno de los filósofos del derecho mexicanos con más formación, en lo que al pensamiento español se refiere. La razón de la elección de Unamuno como objeto de estudio me parece que responde no sólo a la genialidad del autor bilbaíno sino a las numerosas coincidencias entre el propio autor de esta obra y el pensador español, empezando por la llamativa convicción en ambos de la interacción y retroalimentación entre la filosofía y la literatura.

Juan Federico Arriola consigue contagiar al lector del estilo unamuniano hasta el punto de que logra que aquél vibre con el texto. Quizás por ello comience el libro con dos líneas que, de algún modo sirven de advertencia al lector:

*“cuando vibres todo entero
soy yo, lector, que en ti vibro”*

Nos encontramos ante un libro con alma. La obra consigue, a lo largo de sus páginas, de la mano de Miguel de Unamuno, no sólo pasar revista a toda una época contextualizada con rigor, independencia y objetividad sino, lo que todavía es más complicado, logra atraer al lector a un escenario en el que, nítidamente, se refleja un Unamuno especialmente sensible con la realidad humana, en muchas de sus dimensiones más vitales.

Asimismo se descubre a través del texto de Arriola una obra de madurez intelectual y ello es así desde el momento que el autor consigue con absoluto ingenio entremezclar aspectos biográficos de Unamuno, con el contexto histórico, un análisis de sus obras, características de su pensamiento filosófico y una valoración desde nuestra contemporaneidad. Ello contribuye a que la obra gane en dinamismo y no siga un argumento lineal, una estructura o metodología ortodoxa. Bien es verdad que podría aducirse que no hay una sistematización a priori del contenido, algo que posiblemente obedece a un mimetismo involuntario del autor con el personaje que estudia, puesto que como él mismo reconoce “no es fácil encontrar un hilo conductor, porque el camino filosófico que escogió Unamuno es sinuoso” (p. 23).

El texto se divide en tres grandes capítulos en los que se respira poesía y es que, con palabras de Unamuno, “Poeta y filósofo es lo mismo...Todo gran filósofo es un poeta y todo poeta es un filósofo”.

En el primer capítulo, rotulado *La obra de Miguel de Unamuno desde la óptica de la Filosofía*, el autor analiza el tema de la interacción, en pie de igualdad y cooperación, entre la filosofía y la literatura, para ayudar a transmitir al lector cómo la obra literaria unamuniana goza de elementos filosóficos dirigidos a establecer una interesante base para la discusión de los temas humanos que más apasionaron al autor bilbaíno. Ello lo vio muy bien antes que Arriola, entre otros, Julián Marías, en su obra *La Escuela de Madrid. Estudios de Filosofía española* (1959), cuando destacaba la importancia de “la novela personal unamuniana, como eficaz método de conocimiento, base para una posible indagación filosófica acerca del ser de la vida y la persona humana” (p. 61).

A mi modo de ver, como el propio autor evidencia, resulta harto complicado estudiar la obra de Unamuno unilateralmente o de un modo reduccionista sólo desde la perspectiva filosófica, porque ésta constituye una importante pero insuficiente visión que exige ser acompañada necesariamente de las otras perspectivas que acompañan a los textos de Unamuno: la teológica, la filológica, la literaria, la histórica, la religiosa, cultural, etc. Como el propio Arriola recuerda, ya María Zambrano insistió en el aspecto multiforme de la obra unamuniana, el mosaico filosófico-psicológico-ético-literario, lo que no por eso la convierte en una obra carente de unidad.

Uno de los temas centrales para el pensador bilbaíno constituye, sin duda, el de la mortalidad del ser humano y la preocupación por la inmortalidad del alma humana. De ahí que *Niebla* se resalte por Arriola, con acierto, como la novela más espectacular y original, la más filosófica y a la vez, la más teatral de Miguel de Unamuno (p. 112). Pero junto a ella resulta obligado referirse también a su otra obra *Paz en la guerra*, obra cuasi autobiográfica, en la que Unamuno se enfrenta de nuevo al tema de la muerte, algo que le acompañó tempranamente con el fallecimiento de su padre y años más tarde con la guerra carlista.

Ahora bien, siendo importante estos temas no lo será menos el tema del amor, que aparece en numerosas novelas como las bien conocidas *La tía Tula* o *San Manuel Bueno, mártir*, entre otras.

Por si esto fuera poco, Arriola se adentra también en el teatro de Unamuno, al considerarlo un hermano siamés de la novela, “por la temática, por la técnica, por el carácter de los personajes desprovistos de escenografía mayúscula” (p.146), para lo que se sirve del examen de algunas de sus obras: *El hermano Juan o el mundo*, *El otro*, *Raquel encadenada*, *Sombras de sueño*. Por último, en este primer capítulo, Arriola también dedica atención a los relatos novelescos relacionados con el teatro, desde el punto de vista filosófico, en especial, los textos *El que se enterró* y *La venda*.

El segundo capítulo pretende analizar la atención que puso el escritor bilbaíno, nacido en 1864, sobre el individuo singular, el fenómeno religioso y el inevitable sufrimiento humano. Y es que como Arriola afirma, con rotundidad, *Individuo, religión y sufrimiento* constituyen tres nociones entrelazadas. Este capítulo goza de una enorme actualidad ya que plantea cuestiones filosóficas tan importantes en la sociedad de nuestros días como la de la pugna entre absolutismo y relativismo. Miguel de Unamuno nos da una auténtica lección de que ambos extremos son igualmente nocivos y lo que, a fin de cuentas, importa es no perder de vista la realidad concreta: la del hombre de carne y hueso, que existe como fin en sí mismo, como ya advirtiera siglos atrás el propio Kant. En este contexto, una obra crucial resulta *La dignidad humana*, donde el autor bilbaíno explica con lucidez lo que sería el lema de la Unión Europea de nuestros días, décadas después de su existencia: “Cuanto más se diferencien los pueblos más se irán asemejando, aunque esto parezca forzada paradoja, porque más irán descubriendo la humanidad en sí mismos” (p.181). No sólo a Unamuno le preocupó resaltar la riqueza inherente a las tradiciones culturales diversas sino que también insistió en la importancia de la democracia para la construcción del Estado actual: “Siempre me preocupó la falta de Estado. Y no hay Estado porque no hay democracia. Sin democracia, no cabe Estado digno de ese nombre. Y no hay democracia donde no hay conciencia pública, ni hay conciencia pública donde no hay ideas” (p. 455).

Junto a ello, Arriola destaca también la actualidad de Unamuno en lo que a la religión y la crisis de la fe se refiere. Como Arriola, con acierto recuerda, para Unamuno la cuestión religiosa es antropológica y filosóficamente inevitable, ya sea para afirmarla ya para negarla. Recomendaría muy especialmente de este segundo capítulo las páginas que el Prof. Arriola dedica al tema del suicidio y la muerte, desde una vertiente interdisciplinar, por haber sido asuntos de honda preocupación para Don Miguel de Unamuno, quien las describió como *realidades radicalmente solitarias*.

En el tercer y último capítulo intenta dar a conocer consideraciones diversas sobre el pensamiento y el lenguaje en Unamuno, lo que constituye una constante en obras tan importantes como *Del sentimiento trágico de la vida*, donde el autor bilbaíno dejó escrito: “Pensamos...reflexivamente, gracias al lenguaje articulado, y este lenguaje brotó de la necesidad de transmitir nuestro pensamiento a nuestros prójimos. Pensar es hablar consigo mismo, y hablamos cada uno consigo mismo gracias a haber tenido que hablar los unos con los otros... El pensamiento es lenguaje interior, y el lenguaje interior brota del exterior. De donde resulta que la razón es social y común” (pp. 237-238). Me parece un acierto el interés de Arriola por resaltar que a Unamuno no le interesa el lenguaje en sí mismo, sino su trascendencia al pensamiento y al tiempo. Es más, tan importante como las palabras le parecían los silencios, que se desprendían de ellas, por constituir ambos *un binomio inseparable*. De ello dejó constancia en su *Diario íntimo* donde encontramos una interesante reflexión sobre el silencio: “No hay música más grande ni más sublime que el silencio, pero somos muy débiles para entenderla y sentirla. Los que no podemos sumirnos en el silencio y recibir su gracia, tenemos a la música, que es como la palabra del silencio, porque la música, revela la grandeza del silencio...” (pp. 266-267).

Creo que la parte más creativa, ingeniosa y original de la obra es la última en la que se recogen cinco monodialogos ficticios con Miguel de Unamuno. Me gustaría felicitar a Arriola porque a lo largo de estas páginas consigue resucitar a Unamuno para que el lector comparta la frescura de su pensamiento y sus ideas a través de la curiosidad intelectual de Arriola que ejerce de verdadero dramaturgo, otra de sus pasiones que le vinculan de nuevo con las de Don Miguel.

Por todo lo anterior, resulta fácil concluir que Unamuno constituye un verdadero referente de lo que debería ser un intelectual: en primer lugar, filólogo-filósofo rebelde, crítico comprometido con la realidad de su tiempo –incluso desde el *exilio interior* en Fuerteventura (Isla Canaria) y el destierro (Francia)-, no olvidemos que para Miguel de Unamuno sin la reflexión sobre los acontecimientos naturales no hay historia; en segundo lugar, pensador sin sistema, independiente, utópico, que no dejó de insistir nunca, bien directa o indirectamente, en que la persona está fundamentada en la idea de dignidad. Y, por ello, me gustaría terminar recordando este emotivo pasaje recogido en esta extraordinaria obra que rinde un más que merecido homenaje al pensador D. Miguel de Unamuno: “Entre la nada y el hombre más humilde, la diferencia es infinita, entre éste y el genio, mucho menor de lo que la naturalísima ilusión nos hace creer” (p.168).

Ficha técnica del libro:

Título:	La interacción de la filosofía con la literatura en la obra de Miguel de Unamuno. Un ensayo próximo al existencialismo español.
Autores:	Juan Federico ARRIOLA
Editorial:	México D. F., Porrúa Print – Por la libre Ediciones, 2013

Cristina HERMIDA DEL LLANO